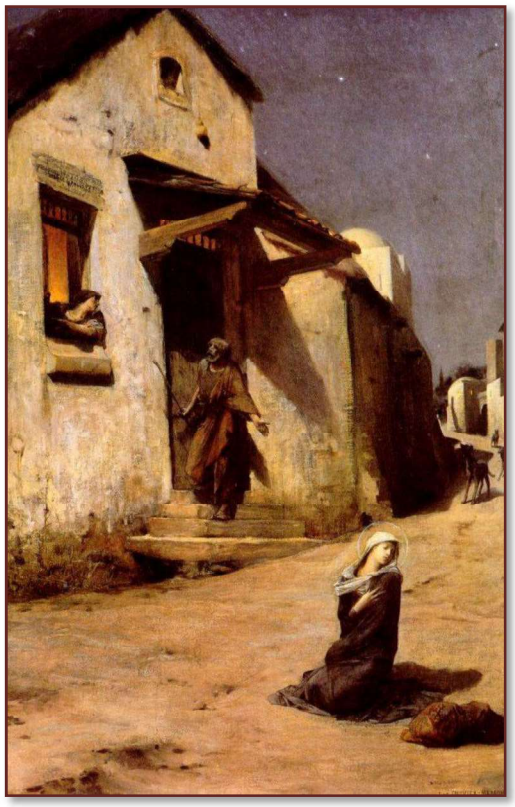
Meditando con el
P. Morales a través del arte



"No había sitio para ellos"
Madre, prepárame para el nacimiento

Meditación del P. Tomás Morales basada en el cuadro "La llegada a Belén", de Luc-Oliver Merson

"No había sitio para ellos…" (Lc 2, 7). Madre: prepárame para el Nacimiento[1]

Meditación basada en el cuadro "La llegada a Belén", de Luc-Olivier Merson[2]

El célebre cuadro de Lucas Olivier nos puede dar un poco de luz para la contemplación. José está en el umbral de una casa a la que acaba de llamar. Una ventana se abre. Alguien le intima desde arriba a seguir su camino y no molestar. La Virgen en plena calle, como pidiendo al niño que va a nacer que perdone a los hombres que se niegan a recibirlo. Ya está ella en su papel de madre….

Vamos a acompañar como podamos, y el Espíritu Santo nos dé a entender, a la Virgen y san José partiendo de Belén, recorriendo un camino de tres o cuatro días, llegando a Belén. Porque si enfoco bien esto a la luz del Espíritu Santo, podré profundizar cada vez más en el Misterio del Verbo encarnado.

¡Con qué emoción e intimidad pasarían María y José los últimos días antes del esperado nacimiento! Ha pasado la tormenta de varias semanas, terrible en el corazón de la Virgen, en el alma de san José. En silencio: la Virgen no ha podido decir nada, hasta que el ángel se ha dirigido a san José y le ha devuelto la paz. Entre

[1] Este texto corresponde a la transcripción del núcleo de la meditación sobre la preparación inmediata de la Navidad que pronunció el P. Tomás Morales S.J. dentro de los Ejercicios Espirituales que expuso a los Cruzados de Santa María en 1981 (DVD 5116-5121).

[2] El cuadro "La llegada a Belén", pintado en 1897, es obra de Luc-Olivier Merson (1846-1920). Se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Eaux Arts Mulhouse en Francia. Es un óleo pintado sobre lienzo, de 81 x 54 cm.

tanto, ¡qué de sufrimientos, qué de angustias! Perplejidades sin saber lo que hacer. Pero ahora ya, emoción e intimidad, esperando el nacimiento. Esta es la actitud de un cristiano, y por lo tanto de un cruzado —no hace falta ser consagrado—, que está caminando a través de la ruta de esta vida. Emoción e intimidad cada día más íntima con Jesucristo y María, con san José, esperando el nacimiento eterno, cuando se le vea cara a cara al salir el alma del cuerpo.

Juntos los dos estarían revolviendo las Sagradas Escrituras, recordarían los oráculos divinos anunciando la venida del Mesías. No lo revuelven con vana curiosidad, sino para prepararse mejor al gran acontecimiento.

María sentía ya palpitar en su seno al Niño anunciado. Nueve meses desde la Anunciación: "*Una virgen concebirá y dará a luz…*"[3] Era ella, solamente ella, única, irrepetible. Y José, estremecido, al verla a su lado. Y yo, que tengo que dejarme estremecer, al ver la misericordia de Dios conmigo, sacándome de la nada, primero —primera elección amorosa—; segundo, bautizándome un día —segunda elección amorosa—; tercero, eligiéndome para ser solo de Él —Cruzada de la Virgen—.

San José es ya un testigo de la inmaculada virginidad de María, como luego lo va a ser de su maternidad divina. San José, déjame que yo vaya a tu lado acompañándote a ti, cerquita de la Virgen.

Mientras saboreaban ellos esas profecías que iban a cumplirse, unas palabras que leen en *Miqueas* les dejan sorprendidos: "*Tú, Belén de Éfrata no serás la menor de entre las principales ciudades de Judá, pues de ti saldrá el jefe que apacentará a mi pueblo, Israel*"[4].

Y en estas circunstancias llega la noticia: que hay que salir de viaje. Lo más impropio para el nacimiento; lo menos indicado para la Virgen en aquella situación. Ya empieza a no entender. Sigue abandonándose, y san José lo mismísimo, porque Dios prepara para las grandes gracias a las almas haciendo que se abandonen, llevándolas al abandono. Aquí están los dones del Espíritu Santo que se parecen a esas naves que se mueven, no con remos (eso son las virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, hacen que tú muevas los remos y avances hacia la orilla; claro que no puedes moverlos sin la gracia de Dios que te impulsa a ello). Pero cuando el Espíritu Santo se mete en un alma, entonces ya, las velas de ese barco, henchidas por el viento, llevan la nave sin que los remeros tengan que esforzarse. Entonces, a José y a la Virgen, el Padre de los cielos, por la acción misteriosa del Espíritu Santo, hace que se vayan abandonando cada vez más.

Sabían por *Miqueas* que tenía que nacer en Belén, que estaba muy lejos —ciento veinte kilómetros—. Nada, no salen del momento presente, porque les parece que salir del momento presente es meterse a disponer, entrometerse en el plan divino de Dios, que sabe lo que hace.

---

[3] Mt 1, 23; Is 7, 14.

[4] Miq 5, 2.

Abandono. Santa María del abandono, enséñame. San José, ¡cuánto tengo que aprender!

Los prepara con abandono, los prepara con obediencia. Se va a servir, no de un ángel, ni siquiera Dios Padre va a bajar personalmente, sino que se va a servir de la vanidad de un pagano, de un pagano que además era pecador y vicioso, y ese es el que va a comunicar la voluntad de Dios. Ya empiezan los misterios; mejor dicho, siguen. Dios gobernándome, sabiendo que nunca me equivoco al obedecer, aunque me manden una cosa enteramente absurda. Porque aquí José y la Virgen no dudan, aunque saben de sobra que es la vanidad de ese pagano emperador que quiere hacer un censo de las riquezas del imperio para enorgullecerse. «Y a nosotros qué; es Dios quien habla a través de él». ¡Qué fe! "Si tuviesen fe en el obedecer, gozarán de gran paz"[5] —exclama san Juan de Ávila—.

Aquí tienes la gran paz de san José y de la Virgen: ni protestan ni murmuran. La gente en Nazaret sí que haría esto; protestar, murmurar: «Mira que ocurrencia la de este, ahora; hacernos desplazar a todos del pueblo para empadronarnos». Críticas, murmuraciones entre ellos... La Virgen y san José no entienden ese lenguaje. Obedecen, porque tener fe es empezar a morir a uno mismo. Y la obediencia, en un noventa y nueve y medio por ciento, por no decir en un cien por cien, es fe. Fe en que la persona que me manda es Dios; con todos sus defectos, con todas sus deficiencias, con todos los riesgos de equivocarse. No me importa; creo, me abandono. Y, qué felicidad la de san José y la Virgen abandonándose en

[5] Epistolario espiritual. Avisos a Don Diego de Guzmán, III.

obediencia, obedeciendo en circunstancias dificilísimas. Porque si la orden del César hubiese venido quince días antes… ¿Qué le hubiese costado a Dios Padre, quince días antes, montar todo este tinglado? Parece que se ha propuesto Dios Padre que las cosas se hagan al revés de lo que los hombres vemos.

Palestina era entonces provincia romana, un país insignificante, una nación, la más triste de todas, ahí se encarna el Hijo de Dios. "La más triste de todas, una despreciabilísima colección de esclavos", eso era para Tácito, para Roma —y Tácito es el gran historiador—. "Región perniciosa para las otras del Imperio" (Quintiliano). Y así, "en la región más despreciable que había entonces", es donde Dios va a nacer. Qué caminos... "*No son los caminos de Dios, los caminos de los hombres*".

Como la organización del Estado judío reposaba sobre la división de ciudadanos en tribus, cada uno tenía que ir a empadronarse en el lugar de su origen. "*Ibant omnes ut profiterentur*"[6], *para empadronarse*. ¡Ven, Espíritu Santo! Porque Dios prepara a María y José para el encuentro de Belén, en abandono, en obediencia, y haciéndoles sufrir. Haciéndoles pasarlo humanamente mal; divinamente bien porque como aceptaban, enseguida se transformaba la cosa.

Es lo de santa Catalina de Sena: "*Haceos semejantes a vuestro Jefe, a vuestro Hermano mayor, el dulce Jesús, que desde el comienzo del mundo ha querido* -y quiere, y querrá siempre- *que nada grande se haga sin mucho sufrir*"[7]. Para que llegues al vacío, al abandono y a la indiferencia.

Se abandonan, sufriendo aman, se hacen indiferentes, y entonces, van avanzando por el camino los ciento veinte kilómetros, en abandono casi total del Padre de los cielos: parece que no se preocupa de ellos. Con lo fácil que le hubiera sido al Padre improvisar un medio de locomoción rápido que les transportase con toda comodidad. Aprendamos a viajar por la tierra sin utilizar... «¡Ah! Es que todo el mundo lo hace, todo el mundo lo utiliza…». Bueno, ¿y a mí qué? Eso no prueba absolutamente nada; lo que para mí prueba es lo que hizo Jesús: todavía en el seno de su Madre, empieza a viajar en estas condiciones de pobreza. No podemos olvidar el indicador que nos ha puesto san Ignacio: Todo para que el hijo del hombre "*sea nascido en suma pobreza*"[8].

Y van avanzando en esos cinco días, más o menos, de camino, quizá algo más. No hay que cansarse de contemplarles. ¡Nos enseñan tantas cosas! Nos enseñan a caminar buscando el Belén del cielo.

Dios te salve, María, en tu Corazón de Madre, enséñame a vivir como tú, desprendida, indiferente, creyendo, esperando, amando: que Jesús que va a nacer en Belén, que el Espíritu Santo puede transformarme si yo me abandono, si me dejo llevar.

---

[6] Lc 2, 3.
[7]

[8] Libro de los Ejercicios Espirituales, n. 116.

La Virgen a solas con su tesoro, adorándole, atraviesa campos y ciudades, durante el día, durante la noche… Nada le llama la atención; está tan absorbida por el amor a su Hijo... ¿Y san José qué hace? Pues se deja contagiar, está embelesado, está cansado, fatigado, roto, deshecho en el cuerpo; pero está tan contento porque no busca contento propio, no hace caso de contento propio, como diría santa Teresa[9], sino que solo busca tener contenta a María, y a Jesús, que en sus entrañas virginales está viajando. No se entera de nada (…) Porque para el alma que ama todo es contemplación: tiene dentro al autor de las maravillas que en la naturaleza esa alma encuentra, tiene dentro del corazón al mismo Jesús que vive presente por la gracia santificante. Porque Encarnación no se puede separar de la gracia.

Dos mitades de un mismo círculo de amor: Encarnación, Dios viviendo a mi lado; pero gracia: Dios viviendo dentro de mí. Por eso no nos tenemos que hartar de contemplar a la Virgen en este Adviento, que tanto se parece a la ruta peregrina que un alma tiene que llevar en la tierra hasta llegar al cielo.

Dejan atrás Nazaret, descienden por la llanura —descenso cada vez más difícil, pues el sendero se hace rocoso y resbaladizo—. Incomodidades, cansancios, fatigas… La Virgen tan delicada, y en aquel estado en que se encontraba.

Llegados a Jerusalén, ya no quedan más que nueve kilómetros —todavía— de marcha. Y allí, a Jerusalén, llegan y pasan como uno de tantos.

Y llegan a Belén y se entregan a las obligaciones del censo. Hay que observar a la letra el precepto, porque Jesús dirá: "*Dad al César lo que es del César*"[10]. Se colocaban en la cola como unos más —sencillez, humildad—; y así, en medio de estas cosas tan vulgares, va a nacer Jesús en la noche santa. Llega san José al escribano que allí estuviese en nombre de la autoridad correspondiente, y a las preguntas que le hace: «José, carpintero,

---

[9] Camino de perfección 13, 7.

[10] Mt 15, 21.

de Nazaret, de la familia de David; y aquí mi mujer, María, de la misma familia…». Todo sencillo. Lo único extraordinario es el abandono de san José y de la Virgen en brazos de Dios; eso sí que ya no es vulgar. Lo demás, corriente, como unos más. Estar en el medio del mundo sin ser. Este es el carisma de san José y la Virgen, que lo reparten en todos los que se acercan a ellos. Este es el carisma de la Cruzada de la Virgen: estar sin ser, pero estando; y estar, no siendo.

Cumplida la obligación legal se ponen a buscar alojamiento. Qué difícil encontrarlo. La ciudad está repleta de gente, y se encuentran con que no hay lugar para ellos en el mesón[11]. Si hubiesen sido ricos, enseguida se hace un arreglo; pero como no lo son, nada. Corazón angustiado de san José, enséñame a saber esperar, a saber buscar en el dolor, en el sufrimiento. Inmaculado Corazón de María, taladrado al ver que se cierran todas las puertas para que nazca Jesús...

Caminan por las calles, llaman a todas las puertas, pero nadie hace caso. ¿Por qué me desaliento yo cuando, hablando de Dios a mis hermanos, aparentemente no me hacen caso? Porque me olvido de san José y de la Virgen en este trance; si no, nunca me desalentaría, estaría indiferente a los fracasos, o a los éxitos. Porque para Dios todos son éxitos, aun los fracasos más grandes. ¿Por qué? Porque creemos con san Pablo que "*para el que ama* a Dios, omnia, *todas las cosas, se transforman en bien*"[12].

El célebre cuadro de Lucas Olivier nos puede dar un poco de luz para la contemplación de mañana. José está en el umbral de una casa a la que

[11] Cf. Lc 2, 7.
[12] Rm 8, 28.

acaba de llamar. Una ventana se abre. Alguien le intima desde arriba a seguir su camino y no molestar.

La Virgen en plena calle, como pidiendo al niño que va a nacer que perdone a los hombres que se niegan a recibirlo. Ya está ella en su papel de madre.

Santa María de Fátima, que escuchemos tu voz. *"¿Queréis ofreceros? ¿Queréis ofrecer sacrificios* —el mayor sacrificio es estar indiferente a todo, no apegarse a nada— *por la conversión de los pecadores, para consolar y reparar el corazón de Cristo? Pues entonces, cada vez que ofrezcáis un sacrificio, decid: Jesús, es por tu amor; es por la conversión de los pecadores"*.

Cerrando puertas y, por fin, un establo, y allí va a nacer Jesús.

Dios te salve, María, ahora que va a nacer Jesús, enséñame a tener puro en Dios mi tesoro.

© Cruzados de Santa María
Diciembre de 2011